

## Nueva Masculinidad: Identidad, Necesidades Humanas y Paz

La búsqueda de la paz y la transformación de una cultura de violencia en una cultura de paz, requiere reflexionar sobre todas aquellas condiciones bajo las cuales la paz es posible y encontrar los mecanismos que faciliten y aceleren los cambios transitorios hacia una cultura de paz.

El concepto de cultura de paz pone de relieve varios puntos clave: en primer lugar, cuestionarnos el costo económico, político y social que supone desarrollar la cultura de violencia en la que nos encontramos inmersos, y no sólo entendida la violencia como violencia directa, sino también como violencia estructural y cultural;<sup>1</sup> en segundo lugar, asumir el cambio hacia una cultura de paz significa deconstruir aquellos estereotipos que nos llevan a la discriminación tanto racial, étnica, de clases como de género.

Es necesario repensar nuestras sociedades y encaminarlas hacia una cultura de paz y para ello se ha de adoptar una perspectiva de género que nos ayude a visualizar aquellas formas discriminatorias contra la mujer y sobre todo que se feminice la sociedad adoptando aquellos valores que sólo han sido asociados a las mujeres por creación cultural.

Para alcanzar una cultura de paz, por lo tanto, es necesario como prerrequisito la igualdad de género y rescatar el uso pleno de la experiencia de las mujeres, su talento y potencial en todos los niveles de la sociedad. Sin embargo, no podemos obviar que una evolución del varón es necesaria para la transformación de la sociedad; si no hay cambio en el hombre el cambio social será mínimo, ya que la *masculinidad hegemónica* o dominante, entendida como aquella forma de ser de los varones que les exige ser personas importantes, activas, au-

\* Ventura Checa Salazar: Licenciado en Psicología y Becario de la Agencia Española de Cooperación Internacional en ampliación de estudios en la Universidad Autónoma del Estado de México (e-mail: chesa\_es@yahoo.es). Sally Cid del Prado Rendón: Licenciada en Trabajo Social, profesora de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) y presidenta de la Academia de trabajo social en la Facultad de Ciencias de la Conducta de dicha Universidad (e-mail: sallycid@yahoo.es).

<sup>1</sup> Los términos de violencia directa o personal, violencia cultural y violencia estructural son términos acuñados por Johan Galtung (1985, 1998). La violencia directa es aquella que al ejercerse se identifican claramente el agresor y el agredido, se observan los efectos de la violencia generada. La violencia estructural es aquel tipo de violencia que se encuentra impregnada en las estructuras, es difícil identificar el agente de la violencia, pero al igual que la violencia directa se refleja en muertos, heridos, etc. Un ejemplo de esta violencia es la pobreza. La violencia cultural son aquellas ideologías, costumbres, etc. que legitiman el uso de la violencia física o condiciones de violencia estructural.



tónomas, fuertes, potentes, racionales, emocionalmente controladas, heterosexuales, proveedores y cuyo ámbito de acción está en la calle (Valdés y Olavaria, 1998; Bonino, 2002), se encuentra representada en hombres concretos en las grandes esferas de toma de decisiones. Las mujeres que alcanzan grandes puestos de poder suelen adoptar el género masculino hegemónico y legitiman el estatus oprimido de la mujer.

Para conseguir un cambio del patriarcado, entendido como la estructura sociocultural que mantiene al hombre en una posición de superioridad y limita a la mujer a la esfera privada, se ha de entender que la masculinidad es un producto cultural, al igual que lo es la feminidad. Si partimos de la premisa de que la masculinidad es un producto cultural, y por consiguiente aprendido, inmediatamente se infiere que es modificable.

A lo largo de este trabajo se pretende ver que la masculinidad es modificable, desarrollar la relación entre nueva masculinidad y desarrollo de necesidades humanas, así como reflexionar sobre los métodos a seguir para facilitar el cambio hacia una nueva masculinidad.

## 1. LA CREACIÓN DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA

La identidad del varón ha estado marcada desde la modernidad por el individualismo y por el racionalismo. Con el Renacimiento y con los cambios producidos dentro del imaginario religioso del siglo XVI surge una cultura del «yo», que hace del hombre un canon normativo y que muestra al sujeto como el fundamento, el agente de la libertad y el pensamiento. Hay una toma de conciencia de la propia subjetividad e individualidad que hace que el varón se distancie de Dios, de la sociedad y de la naturaleza. Los esquemas de pensamiento se transforman en una autorreferencialidad constante que hace del varón el «ego-centro».

En las ciencias se refleja con la instrumentalización del saber como forma de dominación de la naturaleza. El mundo se convierte en objeto dominado por el varón y la revolución industrial pone las bases para la explotación de la naturaleza. El ego del varón como individuo autárquico es la base para la expansión económica, el control de la naturaleza, y de los otros (Estrada, 1997). El «yo» como sujeto autárquico ha creado una cosmovisión del mundo particular, ha generado un mundo varonil, racista, xenófobo e individual.

Con la evolución de los siglos XIX y XX, marcada por nuevas corrientes de pensamiento y ciertos movimientos sociales se cambia la visión de la formación de la identidad, se deteriora el carácter autárquico del individuo y hay un repensar de la forma en la que se forja la identidad. Se asume, pues, que la identidad se adquiere en contraposición con una alteridad.

Es importante esta evolución en la idea de creación de la propia identidad;



ya no se entiende que se genera desde uno mismo, sino que es necesario un tú referencial para que exista la posibilidad de constituir una persona con identidad, ya que sólo desde el reconocimiento por parte de los demás (siendo amado, aceptado, odiado, etc.) se posibilita la exploración de la propia identidad (Estrada, 1997).

Si entendemos que la propia identidad, tanto grupal como personal, se forma a partir de la contraposición con el otro, el valor impregnado a esas *otredades* inevitablemente confiere el valor de nuestra propia identidad. Así, si el valor clásico impuesto a la mujer, al negro, al extranjero, es decir a las alteridades del varón blanco, ha sido de inferioridad, inevitablemente la idea y el valor que configurará la identidad como varón hará referencia a la superioridad, como un valor inherente y que lo desliga de esas *otredades* con las cuales el varón blanco no se encuentra identificado. Por tanto, al crearse la identidad del varón como una negación de la *otredad*, se puede decir que la masculinidad es lo que no es: no es femenina, ni étnica, ni homosexual ya que estas cualidades tienen asociado el calificativo de inferioridad.

Sobre la base del binomio inferioridad-superioridad (Carabí, 2001), que inevitablemente viene arrastrada desde el inicio de la modernidad, donde se entendía la creación de la identidad como una autorreferencialidad del sujeto individual moderno, ha derivado una ideología. Esta ideología sigue llevando al varón ha percibirse como el ser que ha de ostentar el poder, el ego-centro.

Los varones han construido su propia identidad grupal en contraste con las ideas y valores del resto de alteridades a las que se han enfrentado. Por su parte, la mujer, al igual que el resto de alteridades (negros/as, indígenas, etc.), al verse incluida en la parte más desfavorecida del binomio inferioridad-superioridad ha generado una autorreferencialidad como inferior, y todo ello fruto de la ideología inferior-superior creada por el varón blanco durante el periodo histórico moderno del siglo XVI en adelante, durante el cual el varón blanco se percibió con una identidad caracterizada por la dominación y el poder que lo llevó a autopercebirse como dominador, explorador, conquistador, científico, racional (no emotivo), etc. y esta autopercepción ha sido arrastrada hasta bien entrado el siglo XX.

Los espacios de socialización han sido los agentes activos de la perpetuación de esta conciencia dual (inferioridad/superioridad; emotividad/racionalidad) que ha definido culturalmente el género masculino y el género femenino. Los espacios de socialización desde el familiar, el social y el escolar, no sólo nos enseñan un lenguaje con el que nos comunicamos, y a través del cual se refleja toda la idiosincrasia de una sociedad, sino que también nos dota de patrones de comportamiento, visiones del mundo y formas de relacionarnos con los otros. Así, nuestro comportamiento con el de diferente sexo se guiará por las reglas socialmente establecidas y estaremos perpetuando unas concepciones concretas sobre cómo debe comportarse cada género. Pero el círculo vicioso



mantenedor de las desigualdades de género hace tiempo que se rompió, y aunque estos espacios de socialización son las fuentes legitimadoras de las desigualdades entre los géneros, también han de verse como las fuentes deslegitimadoras.

Desde que los movimientos feministas por la igualdad, de la segunda ola, tuvieron lugar a mediados de los años sesenta, se produjo una nueva visión que ayudó a las mujeres a que se repensaran a sí mismas y se movilaran para generar cambios en la sociedad. Estos movimientos feministas han generado las condiciones que han permitido romper el círculo vicioso que relegaba a la mujer a desempeñar ciertos roles, favoreciéndose el cambio en los espacios socializadores y en el comportamiento social de los géneros.

El cambio que se está produciendo en la propia identidad de la mujer como un ser humano libre, con derechos y en horizontalidad de poderes con el varón, ha permitido que la ruptura de las relaciones opresor-oprimidas haya dado a luz a una nueva identidad de la masculinidad. Como un acto de amor, como diría Freire (1970), la mujer, al liberarse ella misma está liberando a su opresor, el varón, generando en él una nueva identidad que le recuerda todo aquello que se ha perdido y/o a rechazado hasta el momento (el cuidado de los hijos, el derecho a la sensibilidad, al amor, el derecho a llorar, etc.).

## 2. LA «NUEVA MASCULINIDAD»: HACIA LA SATISFACCIÓN DE LA NECESIDAD DE IDENTIDAD

La identidad es una necesidad humana que se podría definir, siguiendo sus satisfactores en las dimensiones propuestas por Max-Neef (Max-Neef, 1994), como:

- SER: Pertenencia, coherencia-diferencia, autoestima, asertividad.
- TENER: Símbolos, lenguaje, hábitos, costumbres, grupos de referencia, sexualidad, valores, normas, roles, memoria histórica, trabajo.
- HACER: Comprometerse, integrarse, confundirse, definirse, conocerse, reconocerse, actualizarse, crecer.
- ESTAR: Socio-ritmos, entornos de la cotidianeidad, ámbitos de pertenencia, etapas madurativas.

La necesidad de identidad es básica para una construcción personal, pero, sobre todo, para una construcción social en armonía con la alteridad. Por lo que una construcción de la identidad centrada y trabajada ante una alteridad igualitaria nos ayudaría a una construcción social pacífica y no violenta.

Es ineludible la satisfacción de la necesidad de identidad desde una perspectiva transmoderna, es decir, no desde el yo, sino desde el Otro. Hay que



crear una identidad personal, producida por la socialización desde la familia, la escuela, como miembros de un grupo, pero en contraposición a una alteridad válida, legitimada por su propio ser e igualitaria. Es difícil crear una identidad pacífica elaborada a partir de desigualdades, y del no reconocimiento de *alter* parejo. En caso de perpetrar esta forma en que se ha ido construyendo nuestra propia identidad, nos llevaría a continuar con una relación basada en la desconfianza, en prejuicios y estereotipos negativos, que generaría un conflicto regulado por medios violentos, ya que el Otro es visto como inferior (o superior). Se legitiman, así, situaciones injustas socialmente que ofrecen una visión distorsionada, y hasta falsa, de la realidad con costos muy altos para toda la sociedad (Castañeda, 2002).

Perpetuar una identidad masculina hegemónica supone el atentado contra la satisfacción de otras necesidades como puede ser la del entendimiento. Como propone Manfred A. Max-Neef, alguno de los satisfactores que pretenden cubrir una necesidad inhiben el desarrollo de otras. En este caso es claro: una identidad masculina hegemónica, elaborada a partir de un grupo endogámico o bien con una mentalidad tradicional obsoleta, puede satisfacer las necesidades de identidad y protección. Sin embargo, está negando y obstaculizando el pleno desarrollo de otras necesidades, como el entendimiento y la libertad. Podemos decir por ello, que ese satisfactor es inhibitorio de otras necesidades (satisfactores inhibitorios) (Max-Neef, 1994). Por lo tanto, en la medida en que se vive y se desarrolla la identidad de cada uno en un ambiente rodeado de estereotipos rígidos aprendidos socioculturalmente, con relaciones intersubjetivas poco espontáneas y comunicativas, mayor es el potencial misógino, racista, xenófobo y homófobo, ya que se percibe al Otro como una amenaza para la propia identidad, cuando realmente forma parte del proceso de creación de la misma, y del fin de un egocentrismo y de la identidad masculina hegemónica.

El desarrollo de la identidad masculina puede llevarse a cabo por diferentes satisfactores, estos van a definir a su vez qué tipo de identidad masculina se va a forjar, bien una identidad masculina hegemónica o bien una identidad de nueva masculinidad. Por lo tanto, para cuidar qué tipo de masculinidad deseamos que se genere debemos cuidar los satisfactores que ayudarán a forjar esa identidad. Por ejemplo, el paternalismo, el autoritarismo o la sociedad patriarcal, pueden ser satisfactores de la necesidad de protección, pero a su vez estos satisfactores van a generar la inhibición de una identidad asertiva, ciertos roles de identidad agresivos y, posiblemente, el desarrollo de una identidad masculina hegemónica. Al igual que lo haría una educación estricta basada en las normas sociales de división de roles clásicos.

Continuar desarrollando una identidad masculina hegemónica debe considerarse como una acción negativa y obsoleta principalmente por dos razones. La primera es que una identidad masculina hegemónica se puede considerar como una privación del desarrollo de otras necesidades humanas básicas como



el entendimiento y la libertad, y la segunda, es que imita el desarrollo de la propia identidad de la mujer. La identidad de la mujer se forjará entonces a través de satisfactores normalmente creados desde una sociedad patriarcal por ejemplo la educación, las normas grupales (leyes), etc., lo que lleva a desarrollar una identidad femenina clásica, donde el centro de todo es el hombre.

El desarrollo de una identidad masculina no tradicional y por tanto no hegemónica, implica un proceso de deconstrucción con componentes ideológicos, relacionales, de acción y transformación de lo que significa la masculinidad. Busca un cambio sustancial en la manera de expresar lo que significa ser un varón, dejando atrás los paradigmas de dominación, sexismo, racismo y homofobia que han venido imperando generación tras generación.

Como proceso ideológico tendrá que ser transmitido de forma transversal en cada una de las esferas de la vida cotidiana, es decir, será un proceso que tendrá que naturalizarse desde las instituciones básicas de toda sociedad: la familia, la escuela y la moral misma, valiéndose de cuanto recurso tenga a su alcance, haciendo partícipes a la filosofía, la literatura, el arte, la historia, la arquitectura, la ingeniería, la medicina, la política y demás áreas de estudio; a fin de ir creando nuevas necesidades de relación, en todos los sectores de una sociedad, pero al mismo tiempo proporcionando los medios para satisfacerlas. El reto es, por un lado, generar condiciones que promuevan el interés de las masas y neutralicen el temor a la pérdida de derechos y privilegios que muchos varones e incluso mujeres podrán experimentar ante el cambio; por otro lado, responder a cuestionamientos que se generen en el imaginario colectivo de lo que significa, representa y generará la nueva masculinidad. Estos cuestionamientos deberán ir acompañados de una reflexión seria, profunda y sobre todo crítica (en el sentido de tener disposición de aprender) de la identidad masculina, de lo que se espera de los varones y de las mujeres. Por lo tanto, al saber que la construcción social de lo que ha significado hasta ahora ser hombre y ser mujer, en las diferentes sociedades, es un proceso sociocultural, como tal es susceptible de ser deconstruido y establecer relaciones simétricas entre ambos sexos.

Es así que la construcción de nuevas masculinidades se ve también como proceso relacional, es decir de cómo relacionarnos con la *Otredad*. Lo que implica apostar el «miedo a dejar de ser», es decir, el abandono de actitudes, expresiones, comportamientos eminentemente machistas, que no reflejan otra cosa sino ese deseo de poder y control sobre seres que se consideran subordinados o inferiores, además de la constante reafirmación de la virilidad. Por otro lado, también se trabaja con el «miedo al otro, que se produce en los hombres cuando empiezan a descubrirse diferentes de las mujeres, a partir de la dependencia de su propia madre y de la percepción de las niñas como diferentes» (Martínez Guzmán, 2001).

Las nuevas masculinidades se plantean, pues, como un nuevo valor socio-



cultural sobre el que se reflexione y construya entre dos, entre lo femenino y lo masculino, donde se compartan roles y responsabilidades, asumiendo que el poder y la opresión sobre el otro aprisiona a una y al mismo tiempo al otro, nulificando la expresión de la libertad, mutilando las relaciones pacíficas entre ambos. El proceso no sólo debe quedarse en el cuestionamiento, en la acumulación de áreas de reflexión sino subir un nivel más al de la acción, dejando aparecer las posibilidades de lo que podríamos y deberíamos hacer juntos, recuperando y multiplicando modelos positivos de las nuevas masculinidades.

El proceso de deconstrucción de masculinidades, que se inicia en la reflexión, continúa con la toma de conciencia de una realidad que ha sido dolorosa para todos, asume el reto de tomar una postura crítica que nos haga ver y sentir necesidades de cambio, la posibilidad de un aprendizaje conjunto, adentrarnos en la realidad de compartir, de educar y de trabajar en pares, integrando actitudes, comportamientos y emociones, dando paso así a la acción de construcción. Las nuevas masculinidades resultan hoy en día una necesidad para la transformación de la sociedad, a fin de cambiar nuestra realidad imperante. Para ello se tiene que conocer y reconocer uno mismo y a la *Otredad*. Es así como una nueva masculinidad le exige a los varones pensarse a sí mismos y comprometerse en la transformación de la masculinidad.

### 3. EXPRESIÓN DE LA NUEVA MASCULINIDAD

Entonces, la nueva masculinidad será ese acercamiento de los hombres a lo que significa ser hombre como parte de una nueva experiencia de vivir en sociedad que le resulte más creativa, más nutricia, más satisfactoria, plenamente viril y más justa para todos.

Significa que los varones podrán expresar su capacidad nutricia, entendida ésta como «esa viveza, naturalidad, sinceridad y amor. Sintiendo a gusto con la expresión de su afecto, intelectualidad y respeto por la vida; teniendo la libertad de comunicar lo que sienten, sentirse cómodos con el contacto físico y manifestaciones de afecto hacia ellos y de ellos sin importar la edad» (Satir, 1991), y no sólo hacia las mujeres y niños sino también frente a los otros hombres.

Como padres asumirán que no son jefes autoritarios, abandonarán la paternidad patriarcal y violenta, y la verán como labor de enseñanza a los niños y niñas de cómo ser mejores y verdaderos seres humanos en todas las situaciones. De esta manera, al no existir un padre ausente, característica de la masculinidad tradicional, y reproductora del machismo emocional (Castañeda, 2002), se da la posibilidad a las nuevas generaciones de contar con referentes reales y cercanos de lo que significa la nueva masculinidad, facilitando la expresión y práctica de actividades antes impensables para los varones.



#### 4. MECANISMOS FAVORECEDORES DEL CAMBIO HACIA UNA NUEVA MASCULINIDAD

Para generar un cambio social en cuestión de género es importante descubrir los mecanismos que perpetúan el mantenimiento de los roles clásicos de género, así como estudiar los espacios de socialización de una sociedad, y verlos como satisfactores de necesidades, para identificar de qué manera influyen en la elaboración de las identidades humanas y poder dar un giro conceptual y práctico que rompa con la creación clásica de la masculinidad hegemónica.

Incluir la perspectiva de género en la elaboración de los satisfactores de la necesidad humana de identidad posibilitaría y favorecería ese giro conceptual y práctico. Lo importante es deconstruir el actual sistema patriarcal con la implicación del hombre en los espacios de socialización primarios, como es el hogar. Introducir al hombre en el espacio privado en igualdad de condiciones supone desligarlo en cierta medida de la esfera pública para así introducir a la mujer en ese ámbito público.

Un aspecto clave para generar un cambio social es potenciar y ensalzar los ejemplos de las nuevas masculinidades. Es importante que hombres que están adoptando esta nueva visión del género masculino no sólo participen en la elaboración de campañas y en la socialización de las nuevas generaciones, sino que trabajen de manera conjunta con las mujeres, rompiendo así el individualismo tradicionalmente asociado con el valor y el éxito que se espera de los varones. Este individualismo en parte refleja inmadurez emocional (ante la ausencia de la figura masculina durante el período infantil de formación) de las personas miembros de una sociedad. Además, corta la posibilidad de una integración social y fuerza al individuo a asumir un papel o rol que la estructura social le asigna (Martín-Baró, 1999). Por lo tanto, es necesario ver a los ejemplos vivos de las nuevas masculinidades no con recelo, y con cierto descrédito, si no como la cuña que ayudará a cambiar el concepto de masculinidad de aquellos hombres que se encuentran a su alrededor. Significa también ser más respetuosos, honestos y tolerantes con los otros, buscando afianzar sus relaciones personales, grupales, comunitarias y sociales, que al mismo tiempo le permitan coaliciones políticas más sólidas (Asturias, 1997).

Se considera de vital importancia, que se acompañe con un compromiso explícito de los estados a ayudar a la mujer (al igual que a las minorías) a través de cuotas a ocupar cargos públicos de relevancia y con peso político. También es necesario que los grupos feministas ejerzan una labor de control con respecto a las mujeres que se encuentren en espacios políticos y de influencia para que no sean legitimadoras de discriminaciones de género. Pero el compromiso de los estados va más allá del apoyo a la mujer. Se tendrá que involucrar a personajes poderosos en el proceso de reflexión y concientización, buscando que dentro de las políticas públicas, se asignen recursos, programas e infraestructu-



ra, «ofreciendo espacios para la reflexión, como grupos, cursos, jornadas sobre la condición masculina, donde los varones exploren sus nuevos roles, sus sentimientos contradictorios hacia las mujeres, sus dificultades para el cambio y desarrollar su capacidad empática y cuidadora» (Bonino, 1999), y así conseguir una base popular y política importante que respalde institucional y socialmente este cambio.

Los hombres comprometidos con la deconstrucción de las masculinidades, buscarán las formas para que la igualdad, la justicia, la autonomía, y la expresión no violenta en sus relaciones, no quede sólo en papel y en compromisos intelectuales, sino que se traduzca en comportamientos, conductas y formas de relacionarse unos con otros, que se manifiesten en la puesta en marcha de un «horizonte normativo en el que se constituye la identidad» (Martínez Guzmán, 2001) tanto de hombres como mujeres. Mientras tanto, la sociedad entera tendrá que devolverles la posibilidad de expresar ternura, y sentimientos, la capacidad de crianza, y la oportunidad de ser considerados seres humanos sabios, conocedores de sus debilidades y fortalezas.

## CONCLUSIONES

A modo de reflexión final, resaltaremos las tareas a realizar para conseguir el avance hacia una sociedad más pacífica y que se desarrolle bajo los valores que implican una cultura de paz en la que predomine la igualdad entre los géneros:

- Reflexionar seriamente sobre el sentido de la integración de la perspectiva de género en la elaboración de políticas y prácticas que ayuden a configurar una nueva identidad de masculinidad.
- Estudiar desde una visión de las necesidades humanas el desarrollo de la identidad masculina para potenciar aquellos satisfactores que ayuden a generar una nueva identidad de lo que significa la masculinidad.
- Tener presente que la relación entre los sexos son dinámicas y pueden cambiar rápidamente y que se debe trabajar de manera conjunta entre mujeres y varones, y para ello se habrá de iniciar con aquellos que tengan una conciencia de género para acelerar esos cambios e ir creando nuevas necesidades de expresión y relación social.

El desarrollo de una sociedad pacífica y más igualitaria pasa inevitablemente por el reconocimiento de unos y unas sobre otros y otras como interlocutores válidos. El desarrollo de una nueva identidad masculina favorece dicho reconocimiento y sobre todo el camino que nos lleva a gestar dicha identidad, a través de satisfactores como la educación crítica, maximiza el desarrollo efectivo de



otras necesidades como son el entendimiento y la libertad, pilares sólidos de sociedades pacíficas. La mujer ha enseñado al varón que puede verse desde otra perspectiva y le ha demostrado, cuestionando su propio papel de oprimida, que ha estado inmerso en una espiral donde ha oprimido y ha negado el desarrollo de las capacidades de la mujer (y que lo sigue haciendo) pero que también se ha oprimido y limitado así mismo. La nueva masculinidad, es la ruptura de las relaciones opresor-oprimida y ha de verse como un cómplice para el cambio social de género y no como un cambio aparente, superfluo y poco comprometido con ese proceso de construcción social de género.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALSINA, C. & BORRÁS, L. (2001): «Masculinidad y violencia», en SEGARRA, M. & CARABÍ, A. (eds.), *Nuevas Masculinidades*, Barcelona, Icaria, pp. 83-101.
- ASTURIAS, E. L., (1997): «Construcción de la masculinidad y relaciones de género», publicación electrónica accesible en: <http://www.pangea.org/edualter/material/masculinitat/construccion.htm>.
- BONINO, M. L. (1999): «Los varones frente al cambio de las mujeres» publicación electrónica accesible en: <http://www.pangea.org/edualter/material/masculinitat/varones.htm>.
- (2002): «Masculinidad hegemónica e identidad masculina» en ALBEROLA, N. y GÁMEZ, M. J. (eds.), *Masculinidades: mites, de/construccions i mascaradas*, Monográfico de *Dossier Feministes*, 6, pp. 7-36.
- CARABÍ, A. (2001): «Construyendo nuevas masculinidades: Una introducción», en SEGARRA, M. & CARABÍ, A. (eds.), *Nuevas Masculinidades*, Barcelona, Icaria.
- CATAÑEDA, M. (2002): *El Machismo Invisible*, México, Grijalbo.
- ESTRADA, J. A. (1997): «Identidad y reconocimiento del Otro en una sociedad mestiza» en JIMÉNEZ, F. & SÁNCHEZ, S. (eds.), *Granada ciudad intercultural e integradora*, Granada, Eirene, pp. 44-77.
- FREIRE, P. (1970): *La pedagogía del oprimido*, Madrid, Siglo XXI.
- FROMM, E. (1987): *La anatomía de la destructividad humana*, Madrid, Siglo XXI.
- GALTUNG, J. (1985): *Sobre la Paz*, Barcelona, Fontamara.
- (1998): *Tras la violencia, 3R: Reconstrucción, reconciliación, resolución: Afrontamos los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bilbao, Bakeaz.
- GOULD, S. J. (1997): *La falsa medida del hombre* (ed. revisada y ampliada.). Barcelona, Crítica Drakontos.
- LEWONTIN, R. C. (1982): *La diversidad humana*, Barcelona, Labor.
- LÓPEZ CERREZO, J. A., & LUJÁN, J. L. (1989): *El artefacto de la inteligencia: una reflexión crítica sobre el determinismo biológico de la inteligencia*, Barcelona, Antropos.



MARTÍN-BARÓ, I. (1998): *Psicología de la liberación*, España, Trotta.

MARTÍNEZ GUZMÁN, V. (2001): *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona, Icaria.

MAX-NEEF, M. A. (1994): *Desarrollo a escala humana: Conceptos, Aplicaciones y algunas Reflexiones*, Montevideo, Icaria.

RICHARDS, G. (1997): *Race, racism and psychology. Towards a reflexive history*, London, Routledge.

SATIR, V. (1991): *Nuevas relaciones humanas en el núcleo familiar*, México, Pax México.

VALDÉS, T. y OLAVARIA, J. (eds.) (1998): *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago, FLACSO-Chile/UNFPA.